

de los santos y domésticos de Dios (1). El que es de la tierra, á la tierra pertenece y de la tierra habla (2); por eso, sólo Dios puede inspirar los pensamientos de que hablamos.

Revive el corazón de nuestra Niña cuando halla su tesoro; al contemplarlo en el templo, al escuchar su dulce y apacible voz, queda un instante muda de admiración (3) y llena de contento. Ese corazón de Madre había sufrido demasiado con la ausencia de Jesús; aquellos sus afectos amorosos que brotaban sin cesar y lo inundaban cual ondas purísimas de vida y celestial ventura, se hallaban represados; pero ha caído el dique, y además, no caben ya en el inmenso corazón de la divina Madre, saliendo por sus labios en aquellas sentidísimas palabras: «Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros?» Expresión que no sólo nos revela el grande sufrimiento de María, si que también su ardiente y encendido amor. En efecto, es el amor el que nos hace buscar el objeto que amamos, que tiende nuestros brazos y lo estrecha dulcemente al corazón. Así lo hizo nuestra Niña cuando halló á Jesús: le abraza, le besa y no quiere un instante separarle de su lado (4); descansa en su seno, y Jesús vuelve con Ella á Nazaret. Pero antes de esto, y al escuchar el Niño las humildes y amorosas palabras de su Madre, la contesta: «¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo

(1) Ephes., II, 19.

(2) Joann., III, 31.

(3) D. Bon. cit.

(4) D. Bon. cit.

debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?» Buscar á Jesús es ocuparse en el servicio de su Padre. Lección es ésta de altísima importancia; y con todo, el mundo, después de diez y ocho siglos, no la entiende.

Buscamos el oro y la plata, escalamos las gradas del poder y la grandeza, pasamos la vida en los placeres, y sin embargo, sabemos todos que nada de lo dicho es otra cosa que triste vanidad, aflicción de espíritu, hondos y amarguísimos pesares. Verdaderamente que es la suma vanidad todo hombre viviente. Pasa como sombra y se afana y agita en vano. Atesora, y no sabe para quién allega todo aquello (1).

Algunos han dicho á Dios: «Apártate de nosotros, que no queremos saber nada de tus mandamientos. ¿Quién es ese Omnipotente para que nos empleemos en su servicio, ni qué provecho hemos de sacar de implorar su auxilio?» (2). ¿Habría oído Dios las blasfemias de los impíos? Si volvemos la vista en rededor, no descubrimos en ningún punto un objeto que pueda consolarlos; ¿dónde están las obras del hombre que nos hablen del Señor, dónde sus pensamientos ó los designios que tiendan á honrarle? Causa todo esto, verdaderamente, profunda y amarguísima tristeza, y el amor que á Dios tenemos hácenos gemir cuando pensamos estas cosas.

Buscar á Dios es ocuparse en su servicio, ir siguiendo á todas partes su divina sombra, pensar

(1) Ps. XXXVIII, 6, 7.

(2) Job, XXI, 14, 15.

en El, hacer en todo su santa voluntad. La ausencia de Jesús causa en nosotros un dolor inmenso, primera circunstancia que nos mueve para ir en busca suya, porque no es inerte la aflicción de quien le ama y no le ve consigo: quien tiene hambre, busca con empeño el pan que le sustente; quien tiene sed, una fuente de agua; y Jesucristo es para nosotros el pan y el agua, sin los cuales no es dable la existencia. Él es el amado, el refugio, objeto preferido de nuestro cariño; títulos que no nos dejan descansar cuando estamos lejos de Su Majestad (1).

Sólo la luz del cielo nos hace ver que una cosa es necesaria: servir á Dios; que todo lo demás trae consigo afanes y congojas, sin dar la paz del corazón. ¡Cuán útil, por lo mismo, cuán admirable es la lección que nos da el Divino Niño en las palabras que dirigió á sus santos padres: «¡Yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre!» Son ellas un rayo de luz que ilumina toda el alma; después de haberlas oído descubrimos la triste vanidad que encierran todos nuestros proyectos, y al volver los ojos al Señor, sentimos dilatarse el corazón, y, llenos de paz, descansamos en el seno de nuestro amoroso Padre. ¡Ah! Servir á Dios es reinar, es la gloria del hombre (2).

Ni María ni José entendieron entonces las palabras de Jesús; por esto, Su Majestad descendió con ellos y vino á Nazaret; la constante observa-

(1) D. Bon., Serm. 6. Dom. in oct. Epiph.

(2) D. Hieron. Ad. Suniam et Fretell.

ción de su conducta, su trato íntimo y dulcísimo, los ejemplos de su adorable humildad, derramaban sin cesar en el alma de María nuevas oleadas y torrentes de divina luz, que le hacían ver con mayor claridad cuán digno era de ser preferido á las criaturas el Criador de todas ellas (1). ¡Admirable poder de la humildad! Las palabras de Jesús están veladas; la gran inteligencia de María no comprende su sentido; contienen un misterio que irán revelando á cada instante los abatimientos del Señor. Y en realidad, así debía pasar todo esto. Á la gloria ha de preceder la humildad (2). El Verbo de Dios en las alturas es la fuente de la sabiduría (3), y ese Divino Verbo descendió, humillándose hasta vestirse nuestra carne, y de esta suerte plugo á Dios salvar á los que creyesen en Él por medio de la locura ó sencillez de la predicación; mas esa locura es mayor sabiduría que la de todos los hombres (4).

El Divino Niño descendió con sus santos padres, y vino á Nazaret, y estaba sujeto á ellos. ¿Cómo es que Jesús acaba de decir: «Tengo que ocuparme en las cosas de mi Padre», y sin embargo, vuelve á la vida oculta de Nazaret? El Señor quiso darnos un admirable ejemplo de humildad: ha dejado su propio consejo por seguir la voluntad de su querida Madre. Después de semejante ejemplo, ¿podrá obstinarse el hombre en

(1) Beda, hom. II.

(2) Prov., XV, 33.

(3) Eccl., I, 5.

(4) I Cor., I, 21, 25.

seguir su propio parecer, ó no, más bien dejarlo por imitar la conducta del Señor? (1).

Mas cuando hemos dicho que Jesús estaba sujeto á sus padres, ¿quién no recuerda estas palabras de San Bernardo: «Contemplad la dignidad de Aquel de quien María es pura y verdadera Madre?» y ¿quién podrá decir adónde os lleve el pensamiento, las alturas que os haga remontar la admiración? La que ha tenido á Dios por Hijo se levanta sobre todos los coros de los ángeles. De los labios de María salieron estas expresiones: «Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros?» ¿Cuál de los ángeles podrá decirlas? Bástales que siendo espíritus por condición, por gracia hayan sido hechos y nombrados ángeles. María se reconoce Madre, y por esto, llena de confianza, llama Hijo al Dios á quien los ángeles sirven con profundísimo respeto. Jesús está sujeto á ellos; ¿quién y á quiénes? Dios á los hombres. Dios, de quien los ángeles son ministros, á quien los principados y las potestades obedecen prontamente, estaba sujeto á María; ¿qué podremos admirar de preferencia, la amable dignación del Hijo, ó la excelsa dignidad de la Divina Madre? Que aprenda, pues, el hombre á obedecer, y la tierra á estar sujeta, y el polvo á ser pisado. ¡Pobre soberbia! ¿Dónde está el sonrojo con que cubras tu altanera faz? El Señor se humilla, y tú te quieres levantar; sujétase á los hombres, y tú, si fuera dable, mandarías al mismo Dios (2). Quieres levan-

(1) D. Bern., Serm. III. De Resur. Dni.

(2) Hom. I, Sup. Missus.

tarte más allá de las nubes y poner tu solio sobre los astros del cielo, y sentarte gloriosa en el monte del testamento: baja, baja, te lo ruego, y ven á contemplar al Divino Jesús que descende á Nazaret (1).

Bajemos también á Nazaret nosotros en compañía de Jesús y de sus santos padres, con quienes entraremos de nuevo en la casa de su habitación. María necesita descansar; mucho ha sufrido con la pasada ausencia de Jesús, y este Niño asimismo tiene que recompensar los trabajos y virtudes de su dulce Madre, á la cual, por la ausencia de tres días, le da vivir con Él durante diez y ocho años.

Reinaba en esa mansión venturosa la pobreza, el silencio, la oración y todas las virtudes celestiales, convirtiéndola en un verdadero paraíso. Mas entre todas las que allí derramaban su fragancia, admiramos singularmente la humildad y la obediencia. El Divino Niño se ejercita en el oficio de su padre putativo, y ocúpase también en otros quehaceres de la casa; y esto no dura solamente algunos meses; pasan años y más años, y hallamos siempre al Hijo del Eterno en la misma ocupación. Todo esto nos revela el amor inmenso que Jesús tiene á la humildad; porque ella es un obsequio muy agradable á su Divino Padre, á quien rinde inmensa gloria. «No serviré», dijo el hombre en su insensato orgullo; y Jesús, con humildad profunda, vuelve á Dios el honor que el hombre le ha quitado; lo cual llena de

(1) D. Anton. Patav., Serm. inf. oct. Epiph.

santísimas delicias su vida oculta, porque ¿puede haber algunas otras comparables á las que gustaba el corazón de Jesucristo, cuando en todas sus humillaciones podía decir: «Honro á mi Padre?» Este honor explícanos también por qué pasa tantos años el Hombre Dios en la obscura mansión de Nazaret, y por qué son tan profundos sus abatimientos durante ese período tan largo de su vida.

Jesús obedecía á sus santos padres: tal vez José le insinuaba alguna cosa, y el Señor obedecíale prontamente (1). Guardaba silencio el Niño Dios, ó bien hablaba palabras de vida eterna que la Purísima Virgen iba conservando en su corazón; y ¿quién podrá decirnos cuál era el cuidado y empeño de María en imitar las admirables virtudes de Jesús? Siempre tiene sus miradas en el rostro de su Hijo, y descubre en todas sus acciones un abismo de infinita santidad. A su vez nuestra Señora obedece y se humilla y piensa siempre en Dios. Es su santidad tan grande y perfecta, que parece no puede seguir más adelante, ni remontarse á mayor elevación, puesto que sigue tan perfectamente al Divino Salvador; y, sin embargo, la veremos elevarse á nuevas y prodigiosísimas alturas; porque Jesús, nos dice el Evangelio, crecía en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres; crecimiento que derramaba en el alma de María nuevos torrentes de luz y de sagrado amor, que la llevaban cada día más cerca de la grandeza de Dios.

(1) Revel. Santæ Birgit., en edad, L. VI, C. 58.

Cuando el silencio y la oración reinaban en la casa de María, los ángeles mismos, mudos quedábanse de admiración al contemplar las inefabables maravillas de la gracia; ¿se animarían á presentar sus copas de oro para recoger aquellos perfumes celestiales que exhalaban los corazones de Jesús y de María, y llevarlas en seguida ante el trono del Eterno? Misterios son éstos que nos hacen hundir la frente en el polvo, bendiciendo á Dios. Y si los ángeles se asombran al contemplar tales grandezas, quede también el hombre mudo de profunda admiración.

¡Oh, Madre purísima de Dios, que por tres días quedaste sin tu Hijo, y después le hallaste en el templo; que en el alma sentiste profundo y agudísimo dolor por la ausencia del objeto amado, y en seguida el más intenso gozo al encontrarle; que después, durante largos años estuviste en su amable compañía: no permitas que nosotros perdamos la gracia del Señor; haz que á todas partes vayamos en su busca, y sea nuestra mayor delicia pasar la vida á la sombra de su amor!